



## *Santa Josefina Bakhita*

Vemos en nuestra tradición cristiana una gran preocupación por aquellos atados en la esclavitud. A través del liderazgo de Moisés, Dios liberó a los israelitas de su cautiverio en Egipto. El profeta Isaías nos recuerda que Dios desea “dejar libres a los oprimidos y romper toda clase de yugo” (Isaías 58,6). Y el mismo Jesús nos dice que su misión incluye la proclamación de la “libertad a los cautivos” (Lucas 4,18). Está claro que Dios se preocupa por nuestra libertad, deseando que seamos liberados de las cadenas que nos atan—ya sea que sean físicas o espirituales.

En Santa Josefina Bakhita, vemos a una mujer que, aunque obligada a soportar un período de esclavitud, desechó sus grilletes para servir a Dios. Nacida en el sur de Sudán, Josefina fue secuestrada y vendida como esclava a la edad de 7 años. Olvidando su nombre de nacimiento como resultado de la experiencia traumática, sus captores la llamaron “Bakhita”, que significa “afortunada”.

Y afortunada, se podría decir, que fue. Ella fue comprada por un político italiano que la trató amablemente. A pesar de que extrañaba a su familia, se encontró con momentos de verdadera alegría. Cuando su dueño se mudó a Italia, llevó a Josefina consigo y la regaló a su amigo Augusto Michieli. Ella se convirtió en niñera de la hija joven de los Michieli, Mimmina, y acompañó a la niña al Instituto de los Catecúmenos de Venecia, a cargo de las Hermanas Canosian.

Bakhita llegó a conocer a Dios en el instituto y se sintió atraída a entrar en la Iglesia Católica. Cuando los Michieli regresaron para recoger a Mimmina y Bakhita, Bakhita se negó a irse. Quería quedarse con las Hermanas Canosian—y la ley italiana apoyó su deseo, declarándola una mujer libre.

Bakhita, que tomó el nombre de Josefina, pronto consagró su vida a Dios, llegando a ser una hermana y servir en la comunidad Canosian. Ella se convirtió en una gran fuente de consuelo para los niños que acudieron al instituto, y ayudó a los pobres y a los que sufrían que llegaban a la puerta de las hermanas. Ella era conocida por todas partes por su carácter bondadoso y su deseo de difundir el amor de Dios. Cuando murió en 1947, una multitud se reunió en el convento a orar por ella y pedir su intercesión.

Vemos en Santa Josefina Bakhita una mujer que luchó en tierras lejanas, una extraña obligada a adaptarse a circunstancias imprevistas. También vemos una mujer que sirvió a Dios en todo lo que hizo— incluso antes de entrar en la Iglesia—y que encontró la fuerza para liberar las cadenas que la ataban y abrazar el llamado de Dios.

¿Qué cadenas existen en nuestras propias vidas? ¿Cómo podemos trabajar con Dios en esta Cuaresma para liberar a nosotros mismos y a otros de cualquier cosa que nos sostiene cautivos?